

nografía teotihuacana, tanto a través de unas pinturas murales seleccionadas previamente como por parte de la estatuaria. Discute la siempre problemática cuestión de la escritura teotihuacana, así como aspectos vinculados al calendario y a la astronomía ritual. La religión teotihuacana, con las complejidades específicas de su comprensión, se analiza brevemente a través de determinados símbolos que aparecen significantes en la iconografía, como las bandas de diamante, los rombos, el glifo ojo de reptil, etc. Es un capítulo sintético tal vez, pero acorde con el estilo de los capítulos anteriores. El capítulo 9 se denomina «‘Interesting Times’: Teotihuacan Comes Apart and a New Story Begins: 550 and after». Utiliza un entrecomillado a propósito con los tiempos interesantes, ya que este capítulo trata brevemente de la caída y colapso de Teotihuacan. Un colapso aún muy discutido y de una gran complejidad social en la que factores internos y externos se entrelazan de una manera aún no del todo comprensible. Sin embargo, después del colapso Teotihuacan no muere, sino que progresivamente se irá diluyendo su importancia y liderazgo en Mesoamérica y en la propia Cuenca de México. El último capítulo, «Teotihuacan in a Wider Perspective», más que un resumen final o unas conclusiones *ad hoc* son unas apreciaciones del autor sobre Teotihuacan, intentando contextualizarla dentro de otras culturas de la Antigüedad. No es una comparación, sino más bien una manera de contextualizar, para los lectores más alejados de la realidad mesoamericana, la importancia e impacto de la primera gran metrópolis prehispánica de la Cuenca de México.

¿Cómo valorar este libro? Como ya he mencionado en las primeras líneas, cubre un vacío que hacía falta en la literatura teotihuacana en un formato distinto al de las monografías, tesis y seminarios publicados. Es un libro al cual siempre alguien encontrará que le falta tal o cual autor o publicación. Algunos se quejarán del peso de la producción anglosajona respecto a la producción mexicana, pero olvidarán una máxima de la arqueología: contexto. Este libro se contextualiza perfectamente dentro de la ingente producción académica del Doctor Cowgill y por ser hoy en día un referente de la arqueología de Teotihuacan. Yo, por mi parte, solo espero que se animen pronto a hacer una traducción al español.

Natalia MORAGAS SEGURA

Sección Departamental de Historia de América y África  
Universitat de Barcelona  
nataliamoragas@ub.edu

José Luis MAMANÍ, *Inca Quipu: elementos*. Editorial de la Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy, Argentina, 2014, 134 pp. ISBN: 978-950-721-492-9.

Con un ponderativo prólogo de la especialista en los tiempos incaicos, la profesora Dra. Laura Laurencich Minelli (Universidad de Bolonia), este libro se brinda generosamente al lector durante un recorrido de 134 páginas. Las mismas se ordenan del siguiente modo: «Introducción», llevando el número 1 o *uj yupana*, primer capítulo llevando el número 2 o *iskay yupana*, segundo capítulo llevando el número 3 o *kinsa yupana*, tercer capítulo con la numeración quichua para el 4 o sea *tawa yupana*, cuarto capítulo con la numeración para el 5 o sea *pishka yupana*, y así sucesivamente hasta el ocho. Cierra el conjunto una conclusión, notas biográficas de Mamaní y de Laurencich Minelli, una

bibliografía y un anexo con formato de cuadro en el cual se analiza hilo por hilo el quipu de Nazca (MA 1) depositado en el Museo Arqueológico «Dr. Eduardo Casanova» (Universidad de Buenos Aires) en la localidad de Tilcara, Jujuy.

La lectura del libro está acompañada, en cada uno de sus capítulos, por lo que el autor llama «recuadros didácticos», que sirven para dar información accesoria al tema de cada capítulo. Figuras en color y en blanco y negro, bastante profusas, complementan el texto. El subtítulo, «elementos», deja dudas sobre si se pretende analizar al quipu desde su exclusiva materialidad o si se hace referencia a los elementos o herramientas para la comprensión de un dispositivo tan complejo, nacido de la intelectualidad prehispánica (enraizada en el universo preincaico pero culminando en el pensamiento imperial cuzqueño).

Como lo explica desde el comienzo el profesor Mamani, titulado en Argentina en matemáticas y cosmogonía, los quipus se reparten entre los exclusivamente numéricos y los ponderativos (o cualitativos), que registran observaciones generales de la vida cotidiana, onomásticos de la realeza imperial, enumeraciones de rituales, formulación de pequeñas narraciones, etc. El carácter mixto también es posible. Lo importante es que matemáticamente el quipu usa un sistema decimal con la existencia del «cero». Esto permite el análisis al que, en la segunda parte del libro, se somete el único quipu existente en museos de Argentina: uno llegado al depósito del ya mencionado museo, sin datos de hallazgo, desde la lejana Nazca (Perú).

Por lo demás los quipus existentes en repositorios del Mundo, mal exportados desde la región andina, no superan los 600. En este punto surge la reflexión: ¿a qué respondió esta avidez mundial por sustraer al Perú estos tesoros, si luego los quipus yacerían en los museos, sin que nadie explique («descifre») su contenido? Esta voluntad por «leer» lo que decían las cuerdas se dio en equipos muy restringidos de científicos, precisamente porque para dar voz a un quipu hay que desplegar una serie de conocimientos multidisciplinarios, con base en la matemática, en una conjugación entre antropología y ciencias exactas que muy raramente se da. El quipu de Tilcara, en cambio, tuvo la suerte de reunirse con un descifrador de sus misterios, muy tenaz por cierto, como lo es el profesor J. L. Mamani, con la aclaración de que este incluso logró un buen dominio del idioma quichua para que en su tarea no quedaran «pistas» sin consideración.

El análisis de los elementos constitutivos del sistema contable de cuerdas y nudos que es el quipu (*quipu* significa «nudo») avanza en el texto desde el primer elemento: el logro del hilo (torcido en Z o en S) bien ajustado, elaborado con lana de auquénidos, algodón, pelo humano excepcionalmente; en este punto el autor encuentra testimonios orales del propio Jujuy, muy útiles para entender esta faz femenina del hilado. Se pasa luego al teñido, siempre con colorantes vegetales, animales o minerales. Se sigue con la inserción de los vástagos (hasta 1.500 pueden pender de la cuerda principal) en un eje o cuerda primaria y, a continuación, se pasa a describir los tipos de nudos (en 8, largos y simples), que también se subclasifican en «numéricos» y «de terminación». Finalmente, en el capítulo 5 (la real segunda parte del libro), el lector se adentra en el quipu de Nazca, que es numérico-contable y, por tanto, exige un importante despliegue matemático.

El autor remite continuamente a los resultados obtenidos, en otros quipus del mundo, por el matrimonio Ascher (en trabajos de 1972 a 1978) y Gary Urton (en entregas

más recientes). Hay colecciones muy completas, como la llamada Colección Dauelsberg existente en Chile o la del Museo Larco Herrera de Lima. Sólo contingentemente se las menciona, pues el objetivo es describir al aparentemente, por el momento, «único quipu de Argentina». Es probable que los especímenes existentes en colecciones hayan sido quipus ocultados en época colonial, pues en el Concilio de Lima (1583) se los había prohibido. Muchos habrán sido quemados, al ser comprendidos como testimonios de las idolatrías por erradicar. Los documentos de dicha época que los mencionan también son escuetos, porque en general son posteriores al año de su prohibición. Están compaginados con base en recuerdos y teñidos del romanticismo de lo añejo y lo pasado como mejor.

Un dejo de lirismo romántico se percibe también en el profesor Mamaní que, al reconocerse descendiente de la cultura inca en el Noroeste de Argentina, desliza ideas voluntaristas sobre un retorno a las fuentes, sobre la reinstitucionalización del saber inca en las escuelas de hoy y otros conceptos por el estilo, que de ningún modo merecen el análisis.

Como se ha dicho, la descripción pormenorizada de un quipu en especial, el de Tilcara, proveniente del Perú, se lleva todos los méritos del libro, incluso salvando las falencias que se introducen en la descripción al descubrirse partes dañadas y, por ende, indescifrables. Son 327 cordeles transversales, cada uno de 40 a 50 cm de largo con una cuerda principal de 2 m, a veces con derivaciones subsidiarias de las cuerdas colgantes transversales.

Tal vez no tanto en los quipus cualitativos que jugaban el papel de «ayuda memoria» como en los absolutamente cuantitativos, el *quipukamayok* (el especialista) requería de un ábaco o casillero extrapolado del quipu de hilos; podía estar grabado o tallado en la piedra y es el instrumento que Guamán Poma de Ayala ilustra al pie de famosa lámina del «contador mayor y tesorero *TavantinSuioQuipoc*». Allí se ve al curaca con el quipu desplegado y al pie el ábaco o *yupána*. Estos casilleros para colocar en sus compartimentos piedrecillas u otros instrumentos de recuento pueden verse en el Noroeste Andino (Argentina) asociados a lo que se llama arte rupestre. Tal observación lleva a la premisa de que, extinguido el Imperio Inca, de algún modo perduró en las tradiciones orales y en la contabilidad primitiva andina, a través del uso de cuentas de hasta mil, como se hacía con nudos en los quipu. Lógicamente se sumaba, dividía y multiplicaba. Los mayores recuentos llevaban hasta las unidades de 1000, aunque haciendo una relación entre los espaciamientos (grupos y secciones) podía llegarse hasta el 200.000.

En lo que se denomina «Conclusión» (capítulo 8 de la numeración inca) se anotan frases de esa cultura que han trascendido, como la recopilada por Garcilaso diciendo «tu dios murió en la cruz, mientras que el sol nunca nos abandona y vive por siempre». Aquí se concentra la faz voluntarista y con ritmo lírico del libro que se comenta. A lo que se agregaría el reiterar que los incas tenían una bandera de colores brillantes (la *whilpala*), cosa que no resiste explicación lógica, aunque les pese a los entusiastas de todo lo andino.

Sigue un apéndice en el cual se recuerda al lector que en la temprana emancipación de las repúblicas iberoamericanas, ante el colapso de la monarquía española, se pensó en retornar a gobernantes incas, llegando a algo así como a un cogobierno. Finaliza el

libro de Mamaní con el texto quichua redactado en 1816 por los argentinos que daban por liberada la República Argentina del yugo español. También hubo otra versión en aymara que el autor no menciona; se usó el quichua porque en esa época era el idioma más requerido, tal vez tanto como el español. Esta intromisión en un libro de corte matemático debe atribuirse a que en 2016 la República Argentina conmemora los 200 años de Independencia.

Para terminar debe decirse que con este libro, el profesor Mamaní completa una visión desde la aritmética de lo que pudo ser el mundo inca. Ya lo había hecho desde la perspectiva de la geometría en su libro *Geometría en la cerámica prehispanica* (2009).

Alicia A. FERNÁNDEZ DISTEL  
Jujuy, Argentina

Jimena P. OREGÓN ITURRA, *Des indiens rebelles face à leurs juges. Espagnols et araucans-mapuches dans le Chili Colonial, fin XVII<sup>e</sup> siècle. Avec l'édition critique d'actes judiciaires (Concepción, 1693-1695)*. Presses Universitaires de Rennes, 2015. 499 páginas. ISBN: 978-2-7535-3573.

Esta obra forma parte de una serie de trabajos de investigación que han contribuido a agitar el panorama académico de los estudios sobre los indígenas del centro-sur de Chile, socavando la hegemonía que hasta hace poco descansaba en los llamados «Estudios Fronterizos» (Villalobos *et al.* 1982). El libro se enmarca en el programa de investigación del Equipo CHACAL<sup>2</sup>, en la línea de lo que se ha venido a llamar antropología histórica o diacrónica (véase Boccara 1999), con gran predicamento entre los investigadores americanistas relacionados con la escuela francesa. Obregón explora los puntos de articulación entre la sociedad hispano-criolla y los «araucano-mapuche»<sup>3</sup> tomando como ejes los rituales y los conflictos en el sur de Chile a finales del siglo XVII y utilizando las mismas categorías para abordar ambos mundos, como sugiere la antropología simétrica (Latour 1991). A lo largo de la obra se advierte claramente una crítica antiesencialista de la cultura y una ruptura con las típicas oposiciones binarias, como la constituida por la clásica dicotomía cultura y naturaleza, que tanto dificultan la comprensión de las sociedades amerindias.

El libro toma como base el análisis crítico de la documentación judicial de la época partiendo de la premisa de que el acta es una de las manifestaciones del poder colonial, ya que en el Chile del siglo XVII la producción de escritura fue concebida para obtener la sumisión política y religiosa de los indios (p. 34). Desde esta óptica, los escritos son un terreno propicio para observar la mediación del mundo español y su

<sup>2</sup> «Collectif Histoire et Anthropologie Comparées sur Amérique Latine», del Institut d'Études Politiques Sciences Po Rennes (Francia) donde la autora es investigadora y docente.

<sup>3</sup> Obregón utiliza el compuesto «araucano-mapuche» ya que ambos términos por separado ofrecen serias dificultades para poder trascender su propia época. Si bien el vocablo *araucano* resulta anacrónico, el etnónimo con el que se reconocen los propios indígenas presenta dificultades a los investigadores para ser usado de manera atemporal ya que, como sostiene Boccara (2007: 15), el nombre *mapuche* no aparece en ningún documento anterior al siglo XVIII.